

PRESENCIA DE ANGAMOS...

Oscar Vásquez Claro

En la historia naval de Chile, pareciera que la epopeya fulgurante que fue la contienda de Iquique el 21 de mayo de 1879 hubiera obscurecido no tan sólo el combate de Punta Gruesa ese mismo día de gloria, en el que Condell destruyó la *Independencia* y con ella a la mitad del poder naval de Perú, sino que sus destellos opacaran aun el triunfo de Angamos, con el que Latorre y luego Riveros acabaron definitivamente con ese poder naval representado por el monitor *Huáscar*, que estorbaba entonces el libre movimiento de nuestras Fuerzas Armadas en los primeros meses de la Guerra del Pacífico.

Sin embargo, este deslumbramiento de Iquique no disminuye ni opaca Punta Gruesa ni Angamos, porque estas acciones no son más que un complemento de la primera, porque son parte, son algunos de los acordes culminantes de esa sinfonía heroica y grandiosa que se conoce como Guerra del Pacífico.

En su época, esos bélicos acontecimientos conmovieron a la nación y la voluntad de sus hijos se desbordó en un torrente impetuoso que no conoció diques ni trincheras, que llegó vencedora hasta latitudes ecuatoriales en un inmenso río, cuya fuerza incontenible nació en Iquique, se reforzó en Punta Gruesa y Angamos y luego de jornadas increíbles culminó en esa

hoguera inmortal que se llamó La Concepción..., otra joya maravillosa de la República de Chile, y en Huamachuco después, no obstante lo cual siempre esta sinfonía grandiosa nos ha impresionado como inconclusa, dejándonos la certeza más absoluta que el último acorde, la última nota, no se ha apagado y continúa vibrando inextinguible, porque la gran ejecución no ha terminado y sólo está dormida en la voluntad de la nación.

Pues pareciera que algunos hechos que ocurren fueran como preludios, aparentemente inconexos, de la continuación de un concierto que no ha terminado, y que no ha terminado porque este río inmenso de fuerza, de voluntad, de triunfadora decisión, se recogió por su mismo cauce del Pacífico y no se desbordó ya victorioso por su natural y propio infinito horizonte oceánico, sin escuchar el llamado de sus mares, escenarios venturosos de su porvenir, y olvidando también su vertiente oriental.

Iquique no opacó a Punta Gruesa y Angamos. Fue su telón de fondo. Williams navegó hacia el norte con sus naves de combate. No se le puede censurar fácilmente. Fue su decisión, bien meditada.

Pero el azar, el gran hacedor de la historia del hombre, hizo que Chile ganara la guerra en Iquique...

Punta Gruesa fue el resultado de la habilidad y el coraje y Angamos la consecuencia lógica de un propósito inmovible, de una estrategia dinámica que sólo podía tener como resultado la destrucción o la captura del *Huáscar*, ese navío que hoy, más que un trofeo de la República de Chile, es un altar donde se venera y respeta la memoria de los héroes chilenos y peruanos, que ancló para siempre en la historia, en las azules aguas chilenas...

Angamos debe hacernos meditar, recordando que se obtuvo porque en la hora oportuna el país tuvo la fuerza necesaria para subsistir,

abatiendo en buena lid el poder que se alzaba para destruirlo y avasallarlo.

Los viejos nombres están volviendo a nuestras aguas y las naves que los ostentan les harán cumplido honor.

Liquique nos dio la lección y en Angamos probamos que la habíamos aprendido bien.

Esto que decimos no es contra nación alguna, pues con todas queremos encontrarnos sólo como amigos; pero es bueno que aquellos que nos buscan, al parecer sin conocernos, sepan que encontrarán un pueblo que no ha olvidado su historia y que sabrá custodiar su mar...

